



LA CONFIANZA NO ES UNA BARRA LIBRE

Me cuenta una buena amiga de La Isla que recientemente una persona con la que tiene mucha confianza le hizo un reproche tremendamente directo y duro, y lo terminó con un *“te lo digo así de claro porque entre tú y yo ya hay confianza”*.

Es cierto que la confianza expande los límites de cómo podemos decir las cosas: cuando hay mucha confianza, podemos permitirnos desde el no decir nada (con una mirada ya se nos entiende) hasta el decir lo que tengamos que decir de forma mucho más directa y descarnada. Eso es indudablemente cierto.

Pero la confianza no puede ser una barra libre, porque las palabras pesan, y tienen su impacto. Y por más confianza que nos tengamos, ahí quedan dichas.

A mi amiga las palabras recibidas no le fueron igual. Le dolieron. Por más confianza que haya con su interlocutor. Y aquí la reflexión es: pues precisamente si hay tanta confianza, ¿no sabe su interlocutor que esas palabras van a hacerle daño?

En mi opinión, la confianza es un tesoro que hace que nos podamos decir las cosas. Pero no es un cheque en blanco para que nos las podamos decir a hachazos. Es más, la contundencia y la falta de tacto lo que harán sin duda es cargarse esa confianza.

Lo bonito de tenernos confianza es que todo podemos hablarlo. Que no nos tenemos que quedar dentro cosas que nos han hecho daño, o malentendidos, o conflictos. Y que -con la buena intención de ayudar- podemos también decirnos cosas que vemos los unos de los otros. Pero si queremos mantener esa confianza digámoslo bien. De la manera en que la otra persona (que conocemos perfectamente bien por esa confianza que nos tenemos) lo va a recibir bien.

No nos podemos escudar en la confianza para decir las cosas a nuestra manera, sin tapujos y sin filtro. Esta es una mala interpretación de la confianza, y que juega muy en contra de la propia confianza.